

# Tres posiciones ante el antisemitismo moderno: Sartre, Arendt y Leon\*



BORIS BERENZON GORN

Después de la segunda Guerra Mundial, la ciencia antropológica se colocó a la vanguardia de la lucha por el conocimiento de los derechos humanos de todos los pueblos y el combate a las venenosas corrientes racistas que aún se manifiestan aquí y allá. La antropología moderna ha llegado a rechazar el concepto de raza, por no corresponder este término a ninguna realidad observable y científicamente fundamentada. Mucho menos puede hablarse con seriedad de atributos psicológicos, intelectuales o culturales de las supuestas razas y menos aun imputárseles alguna superioridad o inferioridad. Cuando se intenta explicar las causas de la inmigración judía en América, la de los refugiados de la segunda Guerra Mundial, se entra en un ámbito difícil de ordenar. Es el campo del nazismo para quienes lo estudian en su aspecto global y el del antisemitismo moderno para quienes lo analizan en su aspecto particular racista. Aunque algunos autores han defendido la tesis, como enfoque global, de que el movimiento fascista alemán fue una guerra frontal contra el judío, este breve ensayo se dedicará a esquematizar el origen del nazismo desde un punto de vista particular: como fenómeno antisemita.

Al referirme a un antisemitismo moderno para diferenciarlo del que estaba ligado a la pugna inicial entre el cristianismo y el judaísmo, hago quizás un corte histórico arbitrario. La mayoría de los autores que han escrito sobre el tema consideran, románticamente y con mucha subjetividad, al antisemitismo sin cortes históricos. Así la propuesta no es otra cosa sino el desarrollo del mismo antisemitismo antiguo, revestido ahora de instrumentos y modos acordes con la época. Para ellos, el monstruo nazi sólo culmina una historia de odio e intolerancia iniciada desde los albores del cristianismo. Por esta razón, han proyectado la palabra *antisemitismo* a casi veinticinco siglos atrás para describir el sentimiento

antijudío, aunque el término mismo es reciente, pues se acuñó a fines del siglo XIX.

## *Jean Paul Sartre*

En su obra *El antisemita y el judío*, Jean Paul Sartre define así al primero de ellos: un hombre con opiniones antisemitas es aquel que atribuye todo ejemplo de sus propias miserias y las de su país a la presencia de grupos que no coinciden con su esquema ontológico.

Lo primero que se debe explicar sobre el modelo de Jean Paul Sartre es que sus escritos sobre antisemitismo no pretenden conformarse en un modelo, sino más bien en un retrato del antisemita y del judío. Pero aunque en su obra no realice un estudio comparativo sobre el tema, ofrece de todas maneras un análisis del origen psíquico y social del antisemitismo moderno y un retrato tan fascinante del antisemita, que de él se infiere un modelo. Indudablemente, el modelo será patrón para quienes identifiquen al antisemitismo moderno como algo independiente del prejuicio religioso de épocas anteriores.

Para Sartre, el antisemitismo moderno es ajeno al prejuicio cristiano pues, a diferencia de éste, es laico: postula sus quejas en contra del judío basado en problemas socioeconómicos y no religiosos. La contribución del antisemitismo cristiano al moderno consistió únicamente en limitar al judío a las actividades económicas y profesionales que el antisemita usará como excusa para su odio.

El antisemita —según Sartre— es un hombre que ha escogido vivir en un estado emocional de odio —el cual le da confianza y lo inmuniza ante la variabilidad e inestabilidad producidas por la verdad y la razón en el ser racional— y ha seleccionado al judío como objeto del mismo. El hombre razonable, por el contrario, está sujeto a la permeabilidad, al cambio, a la inseguridad; tiene conciencia de que sus argu-

\* El autor agradece los comentarios de la doctora Paulette Dieterlen.

mentos son siempre cuestionables y de que pueden ser probados como falsos. Pero el tipo de hombre que prefiere la alternativa emocional es aquel que —a diferencia del hombre racional— teme a la variabilidad. Este ser quisiera aspirar a la permeabilidad y a la seguridad de la piedra. El cambio —que la razón implica— le provoca temor y miedo de sí mismo y de la verdad. Lo que más teme —según Sartre— no es el contenido de la verdad, que ni siquiera sospecha, “sino la forma misma de lo verdadero, ese objeto de indefinida aproximación”.<sup>1</sup>

El antisemita, de acuerdo con Sartre, al escoger un tipo de vida emocional, no oye ni usa la razón. Está, por el contrario, dispuesto a interpretar los hechos con el sentimiento que lo guía y es inútil raciocinar con él: la razón ha sido subordinada ante la pasión.

El antisemita esconde tras su entrega a la vida emocional un deseo de adquirir, de poseer cosas, títulos, de pertenencia, de contar con un *status* social y riquezas que sólo puede obtener desalojando al extraño. Las cosas siempre se definen según quien sea el dueño de ellas y de quien no lo es. Como el antisemita no las posee busca crear un *extraño*, el cual, despojado de ellas, le permita adquirir lo que ambiciona. Por este motivo, el antisemitismo es, generalmente, un producto de la clase media baja. Al ser esta hostilidad un deseo escondido de adquisición, se ha expandido en aquellos sectores que carecen de posesiones y que desean desesperadamente alcanzarlas. La clase media baja desea propiedades, ascender, crecer, tener importancia dentro del sistema capitalista y ser aceptada como igual por las clases superiores.

Pero, para su frustración, el país legal, es decir, la estructura constitucional del sistema, le niega ese ascenso. Tal negación del sistema obliga a muchos de los *desheredados* a buscar un mecanismo psicológico de compensación. El proceso se inicia al crear un extraño, el judío, y un país real. El antisemita racionaliza la existencia de un país real, a diferencia del legal, el cual es robado por el judío —extraño—. Ante sus ojos, la destrucción del extraño le devolverá todas aquellas cosas que la constitución le ha *robado* al antisemita. El judío se convierte en la excusa que el antisemita necesita para robar, deseo albergado por él desde el principio. Así, el antisemita se siente heredero del país real, de la Francia o la Alemania real, la cual —según él— sólo se puede heredar y poseer, y no adquirir por derecho.

El judío —para el antisemita— es representante, aduce Sartre, del país legal, el cual despoja al primero de su derecho a las cosas. Al sentirse el antisemita un heredero y bastión del país real, se solidariza con las otras clases sociales y cree, al fin, ser aceptado por ellas. Al sentir que existe una patria real, eterna, imposible de adquirir por naturalización, el antisemita puede emprender su lucha por las cosas de ella. Para lograrlo con éxito, únicamente necesita al grupo que lo

proteja. El grupo o el movimiento es la excusa para robar y matar.

La posición antisemita, según Sartre, es una actitud asesina. El antisemita, al identificar al judío como causante de su propia miseria, no descansará hasta lograr su muerte. Si no la consigue, es irrelevante: dadas las condiciones adecuadas el asesinato es irremediable. Sólo así, el antisemita logrará —ante sí mismo— racionalizar su fracaso.

Para Sartre, finalmente, el antisemitismo es producto de una sociedad de clases:

hemos demostrado que el antisemitismo es un esfuerzo apasionado de realizar una unión nacional en contra de la división de la sociedad de clases. Es un intento de suprimir la fragmentación de la comunidad en grupos hostiles, por medio de un calentamiento de las pasiones a tal temperatura, que causen la disolución de las barreras. El antisemitismo es una representación mítica burguesa de la lucha de clases, que no puede existir en una sociedad sin clases.<sup>2</sup>

Como hemos visto, el antisemitismo moderno —según Sartre— es producto de la sociedad burguesa capitalista y sus contradicciones. El judío se convierte en el grupo identificable al que se le puede proyectar la razón de la miseria personal y, así, permite el derecho de apropiación y robo, la anulación de lo que impide al antisemita poseer y triunfar: el Estado legal. En el análisis sartriano, el asesinato del judío está implícito en la posición antisemita. El antisemita matará cuando se sienta respaldado por un movimiento que luche por la Francia o la Alemania reales. Desde esta perspectiva, el antisemitismo es indiferente a la nación donde se desarrolla —Polonia, Francia, Alemania y todos los países donde ha surgido— y de no combatírsele, como Sartre recomienda al final de su obra, el resultado, sin importar el lugar, será el mismo. Es importante hacer notar en el modelo *sartriano* que el antisemita identifica al judío como representante de la Francia legal —ésta se puede interpretar como el gobierno, o bien, la superestructura del Estado capitalista que impide al antisemita ascender—. Al establecer tal asociación, el judío se convierte, debido al deseo de posesión del antisemita, en símbolo del Estado legal.

### *Hannah Arendt*

Esta misma tesis la elabora Hannah Arendt, aunque interpreta en forma totalmente distinta las razones del porqué de su materialización y analiza también de modo diferente el impacto que su vinculación con el gobierno o Estado legal produce en la comunidad hebrea. Hannah Arendt ha desarrollado un modelo más convencional sobre el antisemitismo

<sup>1</sup> Jean Paul Sartre, *Anti-Semite and Jew*, 11ª ed., Nueva York, 1976.

<sup>2</sup> *Ibid*, p. 149.

moderno y las causas de la destrucción del pueblo judío en la Europa fascista. Antes de presentárnoslos, Arendt destruye algunas tesis estereotipadas sobre el antisemitismo, falaces según ella misma:

1) Es falso entender el antisemitismo como reacción ante el poder económico y político del judío. Arendt considera que si algo ha faltado a los judíos en la historia es poder político. Carecer de él sin caer en una decadencia económica es la causa de su creciente vulnerabilidad social. La masa odia a aquel que pierde su poder político y mantiene su riqueza, mas no lo hace con quien posee riquezas y recursos políticos a la vez.

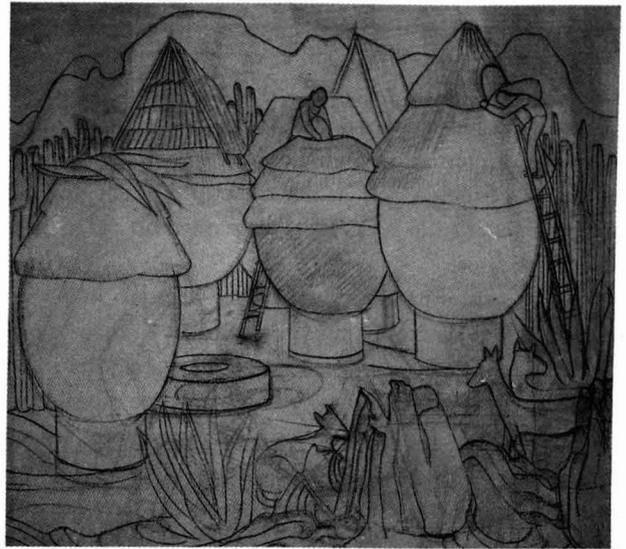
2) Es falso también argumentar que el antisemitismo es producto de la necesidad de buscar chivos expiatorios para los males de la sociedad. El antisemitismo moderno es un fenómeno preocupante desde el punto de vista de que resulta creíble y *vendible* para la sociedad y no por formar parte de la teoría del chivo expiatorio. Si así fuese sería posible generalizar y afirmar que toda sociedad necesita un chivo expiatorio en determinada situación —lo cual no parece corroborarse en la práctica— y que, de no existir un mal grave en la sociedad en determinado momento, no habría necesidad de un chivo expiatorio y, por ende, no existiría el antisemitismo —lo cual equivale a decir que éste es ocasional y esporádico—, suposición refutada por la presencia casi permanente de esa política en diferentes sociedades. Para Arendt lo importante del problema sería, en todo caso, no investigar si existe o no un chivo expiatorio, sino averiguar por qué el judío sirve como tal.

3) No es verdad que el antisemitismo sea producto del chovinismo del Estado nacional contemporáneo. El movimiento fascista reviste, por el contrario, un carácter internacional —este aspecto se desarrolla con más profundidad en su modelo teórico.

4) Carece de fundamento, por último, racionalizar el antisemitismo moderno como parte de un *antisemitismo eterno*, como lo sostienen muchos teóricos judíos con el fin de vaticinar un *eterno judaísmo*. Si el prejuicio religioso sirvió hasta cierto punto para mantener la cohesión de la comunidad judía en épocas anteriores, el antisemitismo moderno, divorciado de aquél y de carácter secular, amenaza con destruirlo. Esta tesis ha sido propuesta por muchos judíos, según Arendt, que confunden el odio del cristianismo en contra del judío con el antisemitismo de carácter anticristiano.

Para Arendt, la causa del antisemitismo moderno es el imperialismo. La razón de ello se encuentra en los postulados y orientaciones del proceso económico, por un lado, y, por el otro, en el papel del judío en el Estado nacional.

Hannah Arendt argumenta que si el Estado moderno fue el protector del judío, esto se debió más que todo a un mero interés material. Que el Estado-nación, basado en el concepto de homogeneidad nacional excluyente —franceses *vs.* ingleses, *vs.* belgas, etcétera—, haya protegido y extendido los derechos al hebreo no se pudo explicar sin referirse a sus necesidades financieras. Al constituirse el Estado moderno ninguna clase en particular se encontró totalmente satisfe-



Los coscomates, boceto, 1933, lápiz, 73 x 85.5 cm

cha: siempre existió la alternativa de un control mayor. Por consiguiente, el aparato estatal nació enfrentado a la sospecha, indiferencia y hostilidad de todas las clases sociales que lo componían.

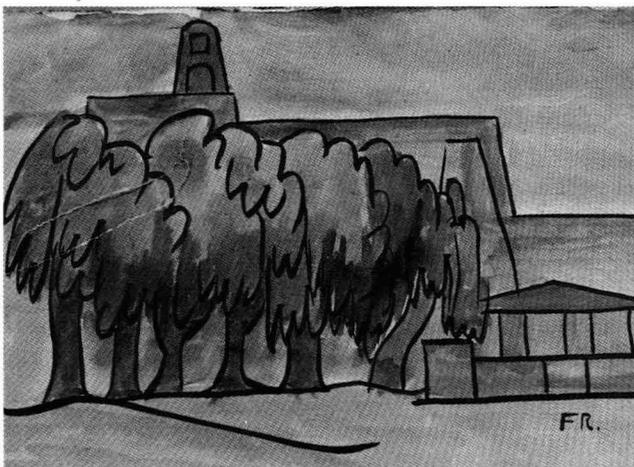
Pero hubo una excepción en este aparente boicot al Estado moderno: el judío. Esta minoría, según Arendt, fue la única que dependió de este aparato estatal para protegerse. El hebreo, necesitado de un gobierno de leyes, apoyó al Estado mediante el crédito. Al principio, éste fue proporcionado por los judíos ricos y, como consecuencia, el Estado les extendió los derechos ciudadanos de que gozaba el resto de la población. Conforme el Estado creció, así lo hicieron sus necesidades financieras y, por consiguiente, la protección se fue extendiendo a toda la comunidad hebrea, a cambio, por supuesto, de financiamiento. El judío, de acuerdo con Arendt, se fue convirtiendo en un proveedor de crédito para el Estado, y la comunidad en general en una fuente de financiamiento para los gobiernos europeos —caso típico lo fue la familia Rotschild, titular de firmas financieras en las diferentes ciudades europeas—. Esta función *internacionalizó* al judío, o sea, lo proyectó como un ser intra-europeo, fuente de apoyo de los diferentes aparatos estatales y símbolo de las relaciones entre ellos.

Conforme las comunidades judías se convirtieron en fuentes de apoyo del Estado nacional, de acuerdo con Arendt, se identificaron con el gobierno. Ante los ojos de las clases sociales aún indiferentes, el judío se fundió con el Estado y, así, cuando tuvieron algo que recriminar al aparato estatal, su hostilidad se dirigió al mismo tiempo en contra del judío. El antisemitismo, de esta manera, varía de acuerdo con la oposición de turno de cada clase social al gobierno.

Al iniciarse el fenómeno imperialista del siglo XX, según Arendt, la burguesía urbana empezó a comprender las ventajas de apoyar a un Estado colonialista, empresarial y poderoso, y comenzó a financiarlo invirtiendo en empresas compartidas de interés mutuo. El judío, por el contrario, resulta desplazado como fuente de crédito y es relegado, para convertirse en un

grupo de poca importancia económica para el Estado imperialista. Pero, en el plano político, el hebreo aún conserva alguna importancia: su carácter intereuropeo. Después de haber servido a los gobiernos por decenas de años, mantiene un sistema de comunicación importante en este nivel y cumple con una función política determinada: el diálogo entre los regímenes cuando la paz era el fin perseguido por su política internacional.

Al irse conformando los deseos de un nuevo orden internacional, que sustituyera al Estado nacional, serán los movimientos fascistas, en Europa, los que lo propugnarán con mayor énfasis —el Tercer Reich de mil años de duración— y en coyuntura con una nueva crisis del capitalismo. Si bien los socialistas ofrecieron un modelo internacional, se orientaron primero a una revolución obrera interna. Los fascistas, por el contrario, consideraron que la revolución debía operarse primero internacionalmente —expansión militar y ocupación— y luego localmente. Por esta razón los fascistas, en su lucha local, identificaron al judío y al Estado nacional como el primer frente por destruir. Lo mismo hicieron en el plano



Paisaje, acuarela/papel

internacional. El judío, único grupo intereuropeo y representante del deseo de comunicación pacífica entre los estados nacionales, debía ser aniquilado con el fin de destruir éstos y sus símbolos de comunicación y solidaridad.

Por estas razones, el mito de la conspiración comunista internacional de los judíos y el de la confabulación nacional de los banqueros judíos pudo ser *vendido* a las diferentes clases sociales alemanas y europeas. Todas ellas estaban acostumbradas a oponerse al Estado en alguna ocasión y, por ende, a su único defensor: el judío. Los nazis únicamente tuvieron que enviar un mensaje social a unas y otro distinto a las restantes. Sólo la clase obrera no se contaminó del antisemitismo, por poseer en exclusiva un esquema de liberación de carácter internacional: la solidaridad obrera. Las otras clases, ante la crisis del capitalismo, aceptaron el otro plan internacional existente: la Europa fascista en manos de la raza alemana superior.

A pesar de toda la defensa sartriana —desde la filosofía— y de los avances de la antropología genética —que está a punto de encontrar *El jardín del Edén* en las riberas del río Congo, en Zaire, ya que la mayor concentración de rasgos de la *Eva* genética de la que descendemos se encuentra en un grupo étnico africano que vive actualmente en ese lugar—, la nueva vigencia del debate de la genética reúne también posiciones que, contradiciendo la propuesta de Sartre, proclaman una vez más la pureza de genes de las razas, argumentos que se creían eclipsados para siempre. El resurgimiento de la extrema derecha en algunos países europeos, por desgracia, ha propiciado el repunte de estas teorías con la intención de respaldar nuevos racismos. De ahí la importancia de volver a revisar a filósofos como Sartre, para incorporar, también, la antropología molecular y la genética humana, y denunciar las nuevas manipulaciones de que se pretende hacerlas objeto para fortalecer una nueva derecha racista.

Para Arendt, la discriminación social europea en contra del judío tuvo poco que ver en la gestación y las consecuencias del antisemitismo político. La creencia de que éste fue producto del prejuicio social, más bien confundió al judío en la Europa nazi. Su error fue considerar al antisemitismo como un problema social y no político: el judío, al verse discriminado políticamente, consideró que, si se le aceptaba en el plano social, lo mismo ocurriría a la larga en el terreno político. Por esta razón, el hebreo trató de asemejarse en lo posible a la sociedad cristiana e intentó *desjudaizarse* con el fin de lograrlo. De esta manera, no sostuvo la batalla política organizada contra el movimiento político antisemita que debió emprender. El prejuicio social sirvió para envenenar a la sociedad en general y evitar así una defensa organizada por parte de la misma en pro del judío cuando se producía el holocausto.

### Abraham Leon

Abraham Leon concuerda con Arendt en el sentido de que fue el imperialismo el responsable de la política nazi. El judío, que había funcionado como un pueblo-clase, empieza a transformarse en clases múltiples en el sistema capitalista a partir de los siglos XIX y XX. Al convertirse en obrero, industrial, profesional, etcétera —según Leon— el judío desaparecería de la Europa occidental, asimilado por la población general. Pero en el momento en que el sistema empezó a terminar con el pueblo-clase, se inició la crisis y el descenso del sistema capitalista que impediría tal proceso. Los judíos europeos orientales —según Leon—, al emigrar, exportaron el *problema judío* a la Europa occidental, donde las comunidades judías *desclasadas* hubiesen sido asimiladas de no ser por este nuevo flujo de vida. La sociedad occidental, en su afán imperialista y dominada por la burguesía industrial, inicia su manipulación del *problema judío* con la pequeña burguesía, con el fin de crear con ella un frente común para la expansión militar. El racismo —de acuerdo con Leon— se produce por la combinación del impulso de creci-

miento del gran capital y de las tendencias antisemitas de la pequeña burguesía, la cual acepta el mito de que su decadencia económica radica en el *problema judío*. Surge —por razones simples— la necesidad de presentarle a la masa un enemigo común y se recurre para ello al judío. Como éste había dejado de tener importancia en materia económica en Europa occidental, podía ser sacrificado en pos de la manipulación nacional. Leon concluye que, por ser el antisemitismo producto de una función social, su fin ha de ocurrir en la sociedad sin clases: el régimen socialista.

Hemos resumido tres modelos que analizan interesantes aspectos de las causas del antisemitismo moderno y las razones de la destrucción del pueblo judío en Europa. Los tres se contradicen, pero a la vez incluyen factores nuevos que en sí no son mutuamente excluyentes. Sartre, por ejemplo, al calificar al antisemita como homicida en potencia y al antisemitismo como movimiento asesino, nos proporciona la razón del holocausto: la consolidación de una política antisemita es en sí la consolidación de una política genocida. En el retrato de Sartre no existen variaciones o desviaciones dentro del antisemitismo europeo. Hannah Arendt, por su parte, considera que el imperialismo es en sí una política destructiva en contra de todo lo que represente la solidaridad internacional y el Estado nacional. Al fortalecerse la política imperialista, el judío —vinculado con el Estado nacional y los lazos intereuropeos— fue destruido al igual que el Estado constitucional y la armonía europea —también los gitanos, otro grupo internacional, fueron llevados a las cámaras de gas alemanas—. Abraham Leon considera que es la política imperialista de la gran y pequeña burguesía europea la que utiliza el problema judío para su beneficio. La destrucción del judío se infiere, en el modelo de Leon, como sacrificio nacional para preservar el capitalismo. Leon no pudo desarrollar este punto porque él mismo murió en las cámaras de gas nazis de Auschwitz en 1944 y la más brillante tesis marxista quedó en esta forma trunca y sin respuesta. Pero estos tres teóricos están de acuerdo en una cosa: el genocidio judío no se registrará en un sistema socialista. Es el capitalismo —para los tres modelos, aunque las razones difieran— el generador del antisemitismo y de la política aniquiladora nazi. En una sociedad sin clases —para Sartre y para Leon—, de corte antiimperialista —para Arendt—, el odio en contra del judío —para Sartre y Leon— y su uso político —para Arendt— no tienen por qué presentarse.

Como crítica se puede aducir que en el modelo o retrato de Sartre no parece claro por qué en las sociedades donde el judío no es identificado como extraño —debido a su insignificancia numérica— aún persiste el antisemitismo. El retrato sartriano carece de historicidad y relaciones comparativas que eleven su trabajo más allá del antisemitismo inmediato. Por otro lado su trabajo está orientado a una clase en particular, la pequeña burguesía, y parece que de ella parte su esquema. Además, el cuadro teórico de Sartre no abarca en forma clara el antisemitismo aristocrático y, posiblemente, el rural tampoco. Respecto al asunto de mayor interés para nosotros que es la destrucción del pueblo judío, el

trato sartriano es demasiado general. Si el antisemitismo implica el asesinato del judío, ¿por qué este proceso no se registró en forma autóctona en Polonia, en donde desde 1938 había ya un régimen semifascista? Lo que en un lugar lleva al antisemitismo a desembocar en una solución final y en otra produce una expulsión territorial, parece incierto en el retrato de Sartre.

Hannah Arendt, quien nos ofrece un modelo histórico, también resuelve el problema. Su esquema asigna un papel de importancia excesiva al judío como fuente de apoyo del Estado nacional, pues si bien concedió crédito a los estados nacientes, su grupo no fue el único que lo hizo. No parece posible tampoco que el Estado nacional pudiese surgir si tuvo tantos enemigos, excepto los judíos. Si al hebreo se le identificó con el Estado constitucional no fue porque le diera crédito o no, sino porque dependía de la ley para su seguridad y, por ende, del Estado constitucional. Tampoco la tesis de Arendt de que el judío fue símbolo de la solidaridad intereuropea —y, por consecuencia, pueblo internacional en Europa— es convincente. Por el contrario, su destrucción



Paisaje, 1930, acuarela/ papel, 14 × 21 cm

se debe más a su desvinculación internacional que a otros factores, como Lucy Davidowitz lo ha expuesto reiteradamente.

La exposición de estos tres modelos tiene como fin estudiar algunos entre los muchos marcos teóricos que tratan de explicar el fenómeno nazi y la exterminación del pueblo judío en Europa. Con el ascenso de Hitler al poder en el año de 1933, se cierra el capítulo del judaísmo europeo central y oriental. Conforme iban cayendo los países europeos en manos alemanas, los judíos iban siendo concentrados en *ghettos* y enviados luego a las cámaras de gas de los campos de concentración para exterminarlos.

Las razones de este genocidio —¿imperialismo, antisemitismo eterno, antisemitismo moderno, necesidad de un chivo expiatorio, degeneración del capitalismo?— son aún difíciles de encontrar, como hemos intentado señalar aquí. ♦